



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VII – Paladín de doncellas 36 – ¡Atrapado!

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

36 – ¡Atrapado!

“Hemos dejado al virrey de Alepo, Imâd El-Dîn, amenazado por las tropas del *babb* Micael, emperador de Bizancio, que se ha hecho fuerte en la reconstruida Antioquía, y ahora pretende que le entreguen la ciudad de Alepo, expulsando a todos sus habitantes inmediatamente, pues, en caso contrario anuncia que la pasará a hierro y fuego. Ante este ultimátum, el virrey de Alepo envía rápidamente una carta con una paloma mensajera a El Cairo, pidiendo ayuda al rey El-Zâher Baïbars...”



Pero un buen día, en que el rey El-Zâher Baïbars estaba presidiendo su Consejo, con su espíritu vivaz y despierto, el guardián del palomar entró en la sala, anunciando su proclama ritual:

- ¡Gloria a Aquel que guía el vuelo de los pájaros! ¡Gloria a Aquel que no tiene ni parejos, ni iguales! –proclamó.

- ¡Gloria a Aquel que conoce todas las cosas sutiles! ¡Gloria a Aquel que perdona a los viejos seniles! –respondió el rey–. ¿De dónde viene la marca, mi leal guardián?

- De Alepo, *efendem*.

La cápsula pasó de unas manos a otras hasta llegar al sultán, que la abrió rápidamente y leyó el mensaje que contenía; luego, se lo entregó al jefe de los escribas para que diera lectura pública del mismo:

“Del más devoto de tus amigos y del más humilde de tus esclavos, uno más entre los servidores de nuestro señor el sultán, del mendicante que se presenta humildemente ante tu puerta, Imâd El-Dîn Abu-l-Jaysh, al Servidor de los Santos Lugares, nuestro señor,

Tenemos el honor de poner en conocimiento de tu majestad, la información siguiente:

Habiendo desembarcado Micael recientemente en Suwaydiyyeh, ha vuelto a reconstruir las fortificaciones de Antioquía; además, acaba de enviar un mensaje ordenándonos evacuar Alepo. Según los rumores que han llegado hasta nosotros, su ejército contaría con cuatrocientos mil hombres, y viene acompañado de Yauán y Bartacûsh. Por todo ello, te suplicamos que vengas en nuestra ayuda, armado de tu

sable invencible y montado sobre tu simpar corcel, sin lo cual estamos perdidos. Por lo demás, saludos, al final igual que al principio.”

Fue conocer esta noticia y el rey concebir tal furor que se le nubló la vista; porque, desde luego, Micael era uno de los siete grandes reyes y un adversario temible. Volviéndose hacia Shâhîn le comentó bien alto:

- ¡Mí querido visir, esta vez, te juro que, si le echo la mano encima a ese Micael, no va a quedar rastro de él en toda la faz de la tierra! Pero dime, los *fidauis*, ¿contra quién se han rebelado? ¿contra Shîha, contra mí, o contra el Islam?

- Solo a Dios, y a Él solo, hay que dirigirse en cada circunstancia –respondió el visir– No me cabe duda de que los *fidauis* terminarán por unirse a ti; pero cada cosa al tiempo decretado por Dios.

- Tienes razón, Shâhîn –aprobó el rey.

Pero el rey conocía de sobra la incompetencia de sus emires para sentirse verdaderamente seguro.

Así que envió mensajes en todas direcciones, convocando a sus tropas, incluidas las complementarias de los beduinos del Este y del Oeste. Cuando hubo reunido a todo su ejército, ordenó que trajeran un caftán real y lo pusieran sobre los hombros de Shâhîn.

- ¡Bendito sea! ¿Cuál será su misión? –preguntaron los asistentes.

- Yo le nombro lugarteniente general y regente de los ejércitos; él será quien vaya con plenos poderes y en mi nombre, al mando de la expedición.

- ¡Digno es de ello, oh, poderoso rey! –respondieron los consejeros.

Hecho esto, El-Zâher Baïbars cogió a su visir en un aparte.

- Shâhîn, te encargo que me reemplaces: ponte tú mismo a la cabeza del ejército y marcha contra los bizantinos. Yo, por mi parte, voy a camuflarme y partir a ver lo que andan haciendo los *fidauis*. Sobre todo, guarda bien este secreto: todo el mundo debe creer que yo te acompaño en la expedición.

- *Efendem*, tengo miedo de que no te suceda alguna desgracia –protestó el visir.

- ¡Nada podrá sucederme, si Dios me protege! –respondió el rey.

Tomando la apariencia de un kurdo de las montañas, El-Zâher Baïbars salió discretamente de el Cairo y, viajando por montes y valles, llegó por fin cerca de una ciudadela llamada Nazaret, en la región de El-Shaqîq. De pronto, vio aproximarse a un *fidai*, tocado con la *kufiyyeh* de color crema y el *eigal* escarlata¹, seguido por cuatro compañeros armados con la *shâkriyyeh*. Llegado ante él, el desconocido echó pie a tierra, avanzó hacia el sultán y le besó los estribos.

- ¡Bienvenido sea tu majestad! ¡Comendador de los creyentes, nuestro *dawlatli*! – proclamó– ¿Qué buen viento te ha traído hasta aquí?

- Antes de nada, responde a mi pregunta –cortó el rey–: vosotros, los ismailíes, ¿os habéis rebelado contra mí, contra Shîha, o contra el Islam?

¹ Es el tocado tradicional de los *fidauis* ismailíes.

- *Efendem*, ¡Dios no permita que nos rebelemos contra nuestro glorioso soberano o contra la religión de Muhammad! Pero ahora, te ruego que te dignes honrar mi ciudadela viniendo hasta allí. Como se suele decir: “Lo primero, el saludo; la comida después, y por último, las discusiones”.

- Y tú, ¿quién eres? –insistió el rey, aun desconfiando.

- Me conocen como el capitán Bakkâr, y estas tierras están bajo mi control. He vivido durante mucho tiempo en el país de los cristianos, y a mi regreso, es cuando me enteré de tus diferencias con los *fidauis*, algo que me llenó de tristeza, oh comendador de los creyentes. Pero estoy convencido de que acabarán por volver a mejores sentimientos y que todos lucharán bajo tu estandarte.

- Y tú, por aquí, ¿de qué vives?

- Pues yo aseguro la protección de los habitantes de la región y de los viajeros que la atraviesan: soy el responsable de su vida y de sus bienes.

Finalmente, persuadido de la buena fe de su interlocutor, el rey permitió que le condujeran hasta la ciudadela, en donde le alojaron en la mejor estancia. El capitán Bakkâr le pidió que se sentara en el sitio de honor, le aportó unos manjares exquisitos y se puso a servirle personalmente.

Pero, apenas había probado unos bocados, el rey comenzó a sentir unos fuertes vértigos; una brutal convulsión le sacudió, y cayó al suelo perdida la consciencia a causa del *benj*. El pretendido *fidai* se arrojó sobre él, lo trabó, le ató fuertemente de pies a cabeza, y luego le suministró el antídoto. El rey estornudó, volvió en sí y, al darse cuenta de su triste situación, pronunció las únicas palabras que, en esas circunstancias, no deben avergonzar a nadie;

- Sólo en Dios se halla la fuerza y el poder, el Altísimo, el Todopoderoso. ¡Juro que no hay más Dios que Dios, y que Muhammad es Su servidor y Su profeta!

- ¿Y delante de quién te crees que estás jurando, *marfûs*? –le gritó el falso Bakkâr, soltando una risa sardónica– ¡Ah, *cafurti canayas*, de ésta sí que no te libras!

- ¡Canalla! Entonces ¿tú no eres musulmán?

- ¡No! ¡Ante ti está, ni más ni menos, que Atef, hijo de Salibo!

El narrador prosiguió de esta manera...

No hay ni que decir que esa trampa había sido urdida, de cabo a rabo, por Yauán: apenas él había desembarcado en Suwaydiyyeh, había enviado un mensaje a Atef, hijo de Salibo, en su ciudadela de Nazaret. Y esto es lo que le decía:

“De su beatitud Yauán a mi figlione Atef,

Tengo una misión de la mayor importancia que confiarte: si deseas que se te colme de todas las bendiciones y toda la felicidad; si aspiras a recibir las loas de todos los patriarcas, si deseas obtener los favores de mis ancestros; habrás de tomar la apariencia de un musulmán, e irás a apostarte en tal sitio (le indicaba en cual), de manera que vigiles a todos los que pasen por allí. El rey ha entrado en campaña

contra nosotros; además, apañatelas para liquidar a todos los musulmanes que se te acerquen. Y si consigues capturar al rey, entonces, te garantizo en el más allá un lugar a la derecha de Asfût, así como un espléndido castillo en Lazâ y un rico feudo en Sijjîn¹.”

Al leer este mensaje, el infame Atef no cabía en sí de gozo.

- ¡Lado sea nuestro señor Jesucristo! –exclamó–. ¡Su beatitud Yauán se ha dignado considerarme entre el número de sus servidores para confiarme una misión así! ¡Puede estar seguro de que pondré todo mi celo en mostrarme digno de su confianza!

Tras frotarse concienzudamente la cara con la carta, para impregnarse de los carismas que se supone contenía, recompensó al mensajero y se despidió de él, encargándole que transmitiera y asegurara a Yauán su total lealtad. Hecho esto, se disfrazó de *fidai* ismailí y fue a apostarse en el lugar convenido.

Cuando, al poco tiempo, llegó El-Zâher Baïbars, Atef le reconoció sin dificultad; el rey, en cambio, engañado por la vestimenta que llevaba Atef, no desconfió suficientemente, y cayó en la trampa. Cuando volvió en sí, se arrepintió amargamente de no haber escuchado los consejos que le había dado su visir; finalmente, se puso de nuevo en manos de Aquel cuya benevolencia no tiene límites.

Tras arrojarle a una mazmorra, Atef redactó una carta para Yauán y se la confió a uno de sus hombres; éste se puso inmediatamente en marcha camino de Antioquía, cuya reconstrucción ya se había concluido; Micael había establecido sus cuarteles allí, esperando con impaciencia el regreso de los emisarios que había enviado a Alepo para reclamar las llaves de la ciudad, y, mientras daba vueltas como un oso en una jaula, el lugarteniente Atef se presentó en la sala, besó la mano de Yauán y le entregó la carta a su señor. El otro rompió el sello y leyó lo siguiente:

“Después de besar las manos y los pies de nuestro venerado padre, su beatitud Yauán, tengo el honor de informarle que mi misión ha sido un éxito: habiendo obedecido escrupulosamente tus órdenes, me he apoderado del rey. Éste se encuentra ahora en la mazmorra de mi ciudadela. Te ruego que te dignes hacerme saber si deseas que lo mate, o si prefieres que te lo envíe.”

- Por mí, que le liquiden de una vez –replicó Yauán–. ¡Hay que responderle que mate a ese *marfûs* y que nos envíe su cabeza!

- ¡Ah, de eso nada, ni hablar! –se irritó Micael–. Nada de verter una gota de sangre antes de ver cómo se desarrollan las cosas entre los musulmanes y nosotros. ¡Pero, bueno, *abbone*, no se mata a un rey como si fuera un cualquiera! ¡Eso sería una barbaridad espantosa!

¹ Dos nombres que se da al infierno, mencionados en El Corán (LXX, 15 y LXXXIII, 7 respectivamente)

- Está bien, como tú quieras –refunfuñó el maldito monje–; pero en ese caso, no se le debe dejar en la ciudadela de Atef, es demasiado riesgo. Vamos a responderle que conduzca al *rey* a la ciudadela de El-Shaqîq, en donde confiará su custodia al capitán Riyâh, hijo de Mukâfeh.

Habiéndose puesto de acuerdo, redactaron una carta, que el mensajero se fue a llevar a Atef.

- ¡*Ala teshta!* –aprobó éste tras leer el mensaje.

Sacó a El-Zâher de la celda, lo cargó de cadenas y lo condujo hasta El-Shaqîq; entregó la carta de Yauán a Riyâh, que se frotó con ella toda la cara durante un buen rato, antes de arrojar al cautivo a sus mazmorras. Luego, los dos compadres, conchabados con un tercer bandido, llamado Aïek, hijo de Mattâ, se fueron a montar una emboscada en la ruta más concurrida, masacrando sin piedad a todos los musulmanes que se encontraron.

**** * * * * *

FIN DEL VOLUMEN VII

Próximamente, en el volumen VIII:
LA REVANCHA DE SHÎHA,
MAESTRO DE LAS ARGUCIAS